

TEMPLO HERMANA TERESA



“El aprender”

11/10/2025

“El aprender”

Queridos hermanos y hermanas:

En esta Ceremonia de hoy queremos reflexionar con ustedes respecto a una frase que Carlos nos compartió y que, tal vez, toca la raíz misma de nuestra existencia: el aprendizaje como camino, no como punto de llegada. Una frase que parece sencilla pero que encierra la esencia de cómo enfrentamos nuestra vida:

“Aprender es un proceso, no un destino. Nunca te abandones, porque renunciando no se aprende.”

Al pronunciar estas palabras, se abre ante nosotros un horizonte lleno de significados. Porque en cada paso, en cada caída, en cada error y en cada triunfo, hay una semilla que nos invita a crecer. Y ese crecimiento no se mide por títulos, medallas o reconocimientos externos, sino por la capacidad de levantarnos, de no rendirnos, de seguir adelante con humildad y esperanza.

El aprendizaje no es una estación a la que llegamos y en la que descansamos satisfechos. No es una meta final marcada con una bandera, como si al alcanzarla ya no hubiera nada más que descubrir. Aprender es un proceso vivo, dinámico, continuo, que nos acompaña hasta el último aliento de nuestra vida.

Cada experiencia —buena o dolorosa— es un maestro silencioso. Aprendemos de los aciertos, porque nos confirman que hemos

elegido bien. Aprendemos de los errores, porque nos muestran qué caminos evitar o qué pasos corregir. Aprendemos de los demás, porque en ellos se reflejan tanto nuestras fortalezas como nuestras debilidades. Y aprendemos de nosotros mismos, cuando nos damos el espacio de escucharnos con sinceridad y reconocer lo que sentimos.

Por eso, quien piensa que ya lo sabe todo se queda estancado en la soberbia. En cambio, quien reconoce que todavía tiene mucho por aprender, camina ligero, abierto, humilde y dispuesto a crecer. El verdadero aprendizaje no encadena, sino que libera. No limita, sino que expande. No endurece, sino que ablanda el alma.

El segundo pilar de nuestra reflexión es igual de importante: “Nunca te abandones, porque renunciando no se aprende.”

¿Cuántas veces hemos sentido la tentación de renunciar? Renunciar al esfuerzo, a los sueños, a la lucha interior. En los momentos de cansancio, la renuncia parece un descanso. En los momentos de fracaso, la renuncia parece una salida fácil. En los momentos de miedo, la renuncia parece un refugio seguro.

Pero, ¿qué ocurre cuando renunciemos? Perdemos la oportunidad de aprender. Porque incluso en el error más grande, en la caída más dura, hay un aprendizaje oculto. Abandonarse a uno mismo significa cerrar las puertas a esas lecciones, dejar de crecer, cortar el proceso que nos estaba

transformando.

El aprendizaje, como la vida misma, no se da en un instante, sino en el recorrido. Y ese recorrido exige perseverancia. El que se abandona nunca descubre qué había detrás del esfuerzo. El que sigue adelante, aunque con tropiezos, descubre que siempre había algo más por aprender, algo más por ganar, algo más por ser.

Desde la mirada humana, esto se traduce en algo muy cotidiano. Pensemos en un niño que aprende a caminar. Si al primer intento, después de una caída, decidiera no levantarse más, nunca conocería la maravilla de caminar por sí mismo. Y así ocurre con nosotros: cada desafío es un paso en el aprendizaje de la vida.

En lo humano, aprender no significa acumular información, sino transformar nuestra manera de ser y de actuar. Aprender es dejarse moldear por las experiencias. Aprender es adquirir paciencia, es descubrir la fuerza de la perseverancia, es abrirse al otro con empatía.

Y en ese proceso, todos somos aprendices permanentes. Nadie tiene todas las respuestas, nadie ha recorrido todo el camino. La humildad es la llave que nos permite reconocer que siempre podemos aprender algo más.

Desde la perspectiva de la Fe, el aprendizaje se vuelve aún más profundo. Porque no se trata solo de aprender técnicas o

conocimientos, sino de aprender a vivir en conexión con Dios. Aprender a confiar, a esperar, a amar, a perdonar, a agradecer.

La Fe nos enseña que cada experiencia, incluso las dolorosas, tiene un propósito. Que cada caída nos invita a levantarnos con más fortaleza. Que cada duda es una oportunidad de profundizar en nuestra confianza. Que cada renuncia al ego abre el espacio para que algo más grande actúe en nosotros.

Renunciar a nosotros mismos en el sentido del abandono, no es Fe. La verdadera Fe nos impulsa a no rendirnos nunca. Porque Dios no nos abandona, y si Él no nos abandona, ¿cómo vamos a abandonarnos nosotros mismos? Aprender a confiar es también parte de ese proceso.

Para dar vida a estas palabras, queremos compartir con ustedes esta historia:

Había una vez un joven llamado Julián. Desde niño soñaba con ser músico. Su pasión era el violín. Lo abrazaba con ternura, lo acariciaba como si fuese una extensión de su alma. Soñaba con tocar en grandes escenarios, con llenar de melodías los corazones de la gente.

Pero la realidad fue dura. Al comenzar sus estudios, se encontró con obstáculos. Las partituras parecían imposibles, los dedos no respondían como quería, y cada concierto era una batalla contra sus nervios. Más de una vez pensó en abandonar.

“Tal vez esto no es para mí”, se decía. “Tal vez no tengo talento

suficiente.” Cada error era un golpe a su confianza.

Un día, frustrado, decidió dejar el violín guardado en su estuche. Y durante semanas no volvió a tocar. Era como si hubiese renunciado no solo a la música, sino a una parte de sí mismo.

Un anciano maestro, al enterarse de su decisión, lo invitó a conversar. Le dijo:

—Julián, ¿sabes cuál es la diferencia entre un músico que alcanza su sueño y uno que se queda en el camino? No es el talento, ni siquiera la suerte. Es la perseverancia. El verdadero músico no es el que nunca se equivoca, sino el que nunca deja de aprender.

Julián escuchó esas palabras y algo en su interior despertó. Volvió a tomar su violín.

Con los años, Julián no solo se convirtió en un gran músico, sino en un maestro que enseñaba a otros lo mismo que había aprendido: “Nunca te abandones, porque renunciando no se aprende.”

Su historia nos recuerda que el aprendizaje no es llegar a tocar la melodía perfecta, sino aprender a disfrutar el camino que nos lleva hacia ella.

Esa historia refleja lo que cada uno de nosotros vive. Porque la vida, en realidad, es una escuela. Una escuela sin vacaciones, sin graduaciones definitivas, sin diplomas que nos exoneren de seguir aprendiendo. Cada día trae una lección, cada persona es

un maestro, cada situación es una clase.

Y lo más maravilloso es que en esta escuela nadie se queda sin oportunidad. Aun cuando fracasamos, la vida nos da otra chance. Aun cuando creemos que hemos perdido, la vida nos ofrece otra página en blanco. Siempre se puede aprender, siempre se puede crecer, siempre se puede recomenzar.

Hermanos y hermanas, esta reflexión, tal vez nos deje en nuestras almas un mensaje de esperanza: no importa en qué momento de nuestra vida estemos, no importa cuántos fracasos llevemos en nuestra mochila, mientras no abandonemos, seguimos aprendiendo.

Quizás hoy alguien aquí se sienta cansado, frustrado, con ganas de renunciar. Quizás alguien piense que ya no vale la pena seguir intentando. A ese hermano o hermana la Hermana Teresa le dice: “no te abandones. Porque tu existencia aún tiene melodías por tocar, aún tiene lecciones por descubrir, aún tiene caminos por recorrer.”

Aprender es un proceso. Y en ese proceso, cada paso cuenta. No existe error que no pueda transformarse en aprendizaje. No existe caída que no pueda convertirse en impulso. No existe fracaso que no esconda una semilla de crecimiento espiritual.

Pidamos a Dios para que estas palabras nos acompañen como un faro: “Aprender es un proceso, no un destino. Nunca te abandones , porque renunciando no se aprende “.

Que Dios nos proteja, que Jesús nos ilumine, que la Hermana Teresa nos guíe y que María nos acompañe.

